

EL BICENTENARIO EN REFLEXIONES TEMPORALES: EL LEGADO DE 1810 Y LAS RESPONSABILIDADES DE LA HISTORIA*¹**THE BICENTENARY IN TEMPORARY REFLECTIONS: THE LEGACY OF 1810 AND THE RESPONSIBILITIES OF THE HISTORY****Eduardo Cavieres Figueroa**

ecaviere@ucv.cl

Pontificia Universidad Católica de Valparaíso
Valparaíso, Chile**RESUMEN**

Trataremos en este artículo de observar como proceso los acontecimientos de los 200 últimos años de manera de poder considerar las relaciones entre lo que sucedió a partir de 1810, lo que ha venido sucediendo y lo que sucede actualmente. La idea principal de la exposición de estas visiones retrospectivas reside en la necesidad de actuar en el presente en vez de culpar continuamente el pasado por lo que nos está pasando. Dos preguntas importantes surgen de nuestra reflexión: ¿Qué nos pasa como ciudadanos, como sindicalistas, como políticos, como profesores en la sociedad actual? ¿Cuál es nuestra responsabilidad y como debemos actuar para construir una sociedad más justa?

Palabras claves: proceso, independencia, reflexión, acción**ABSTRACT**

We will try in this article to observe as a process the events of the last 200 years in order to be able to consider the relations between what happened in 1810, what has been happening since this moment and what is happening now. The main idea of the exposition of these retrospective visions takes more relevance in the need of nowadays action than in the blame of the past to explain our present. Two important questions rise from our reflection: ¿What is happening to us as citizens, as politicians, as teachers, as trade union leaders in the actual society? ¿What is our responsibility and how should we act in order to build a fairest society?

Key words: process, independence, reflection, action

* Artículo recibido el 15 de enero de 2010; aceptado el 24 de marzo de 2010.

¹ Profesor en la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso y en la Universidad de Chile. Premio Nacional de Historia 2008. Reflexiones a partir de estudios del Proyecto FONDECYT 1085205.

Introducción



En el 2009 fui invitado por estudiantes del Instituto de Historia de la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso, a unas conversaciones de historia que se orientaban a partir de algunas definiciones previas: Bicentenario: ¿Distorsión legitimada de la historia? Realidades inventadas y olvidadas para el 2010, y, una gran pregunta: ¿Y cuál es tú Bicentenario? En la convocatoria se subrayaban las palabras discutir, reflexionar, pensar, y se invitaba a tener una mente abierta para poder enfrentarse a problemas que no son de un momento determinado, sino que han sido permanentes en la historia de Chile. Agregué que, fundamental y esencialmente, me parecía que se trataba de problemas actuales y de futuro, de las generaciones que hoy día se forman para asumir la historia de las próximas décadas, de quienes tomarán decisiones y arrastrarán la historia de estos 200 años o harán los esfuerzos necesarios para superarla definitivamente. Para ello es obviamente necesario contar con mentes abiertas que sean capaces de visualizar, más o menos objetivamente, lo que tenemos y

lo que carecemos, pero particularmente para asumir responsablemente la historia hoy.

El afiche que se presentó era provocador, porque sintetizaba las miradas que tenemos sobre la historia pasada y sobre el Bicentenario. Es el presente pidiendo cuenta del pasado: composiciones contrapuestas: por un lado, los constructores de la patria, y también la imagen de Prat que podría también ser considerada como una especie de transición entre dos períodos largos de la historia republicana; por el otro lado, figuras contestatarias, focalizadas en el obrero de mano empuñada, que mira a lo héroes, les interpela, les culpa no sólo por su pasado sino que por el propio presente. ¿De quién es la responsabilidad?

Frente a este tipo de actitudes respecto a la historia y al Bicentenario, tenemos un polo casi opuesto. Quienes se imaginaban un 2010 lleno de historia, de reflexiones, de análisis crítico por nuestro pasado y nuestro presente, ya saben que esto no es lo más importante: de una ocasión para la inauguración de grandes obras Bicentenario se ha venido imponiendo el concepto de fiesta ciudadana. A diferencia de 1910, y a pesar de dificultades y deudas históricas con la sociedad, se imponen una falta de inquietudes ciudadanas, actitudes de entrega o de complacencias y una evaluación positiva del país que indudablemente tiene logros importantes, pero igualmente motivos para replantear caminos recorridos.

Razones más, razones menos, pareciera que en unos y otros casos, en términos de imágenes sobre la historia, hay interpretaciones equivocadas que o soslayan el pasado o simplemente le

responsabilizan de nuestras carencias presentes. El Bicentenario ofrece la posibilidad de ir más allá que el sólo detenerse en momentos determinados o coyunturales de la historia, sino también observarla en su conjunto, como proceso, interpelando a los constructores de la Patria, pero también a los que han recogido esas experiencias originales, esos discursos, esos proyectos, a quienes los han moldeado, los han transformado y los han adecuados a las diferentes realidades de época, a las correspondientes a 1810, 1820, a lo que fue pasando en 1860, 1880, a lo que sucedía en 1940, en 1960 ó en 1980. Necesitamos miradas de conjunto. Necesitamos visitar nuestra propia historia.

No es necesario defender la matriz fundamental de lo que ha sido nuestro recorrido independiente. No es tampoco necesario defender posiciones determinadas de carácter personal o institucional. En la vida intelectual, y sobre todo en términos de este tipo de acontecimientos que de repente se nos vienen encima más por ritual que por significancia profunda, el asunto es si, en nuestro quehacer, la preocupación fundamental es la de validar nuestras hipótesis o la de enfrentarnos a esas hipótesis para contraponerlas y contrastarlas a las realidades que podemos percibir. Así construimos la historia y el conocimiento sobre ella de mejor forma. Evidentemente nadie se enfrenta y construye la historia a partir de un relato aséptico. Nadie lo hace a partir de una mente en blanco para descubrir y recoger todo en sus propias instancias y circunstancias originales. Nuestras propias construcciones mentales, nuestras propias experiencias reales, orientan y pueden distorsionar nuestras miradas sobre la historia. Todos tenemos ciertas inclinaciones para visualizar lo que ha sucedido desde unas ciertas perspectivas y desde unas ciertas ópticas y ello nos lleva entonces a realizar balances tratando precisamente de validar nuestras hipótesis olvidándonos del deber intelectual de buscar argumentos a partir de la observación, del estudio, de la reflexión sobre las situaciones que han sucedido.

En estos términos, es importante considerar las relaciones entre lo que sucedió hace 200 años atrás, lo que ha venido sucediendo y lo que sucede actualmente. Sobre lo que ocurrió hacia 1800 tenemos una literatura abundante. De hecho, por lo menos en la historiografía chilena, tenemos algunos libros entre los cuales más de un título se puede valorar como clásico. Entre esos textos, escrito ya hace más de 50 años, está el trabajo sobre las causas ideológicas de la Independencia. Correspondía a una mirada de largo alcance, desde los tiempos en que la soberanía del poder emanaba directamente de Dios traspasándose directamente hacia el monarca. Durante 300 años a través de las discusiones políticas, ideológicas, de una pequeña elite, intelectual fundamentalmente, pero también asociada a los poderes políticos reales, fue construyendo, gestando esta tremenda transición concreta del poder que va desde el rey hasta la propia base de la sociedad, el pueblo². Este tipo de explicación, por muchas lógicas, se ha venido manteniendo hasta el presente como central en los análisis de 1810 y, a partir de la reacción del pueblo español frente a las invasiones napoleónicas, ponen en estrecha relación contingente a los sucesos españoles y a los americanos. En términos de una mayor sociabilización de las doctrinas políticas de la época, en gran parte gracias a las influencias del movimiento ilustrado y de la enciclopedia francesa, ya no se duda que, a falta del rey legítimo, el poder vuelve al pueblo, porque la soberanía del poder radica en el pueblo, ecuación bastante simple, pero que seguramente puede provocar un alto nivel de discusión sobre los procesos de independencia si el ejercicio no concluye en 1810, sino que se le proyecta en adelante observando los significados profundos de las Cortes de Cádiz y de lo que representaron desde el punto de vista del liberalismo español de la época, y que fundamentalmente tiene que ver con la legitimación de los procesos políticos internos propiamente tales³.

² Jaime Eyzaguirre, *Ideario y ruta de la emancipación chilena*, Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 1957.

³ Sobre el caso español, sobre 1808 y sobre las Cortes de Cádiz, existe una muy abundante literatura, y

Otras realidades e interpretaciones tienen que ver con lo social y lo económico y ello debe entenderse igualmente a partir de los contextos de las décadas de 1950 y 1960. Surgió el libro de Hernán Ramírez Necochea, principalmente enfocado a las causas económicas del proceso de independencia, sobre la aceptación y, al mismo tiempo, de la validación de la hipótesis de que ya en los territorios americanos había toda una burguesía establecida, una burguesía que necesitaba romper ataduras políticas para poder seguir acrecentando sus negocios y sus intereses particulares⁴. Se trataba de visualizar a la historia desde perspectivas analíticas muy precisas, que respondían al sentido materialista de la misma y que estaba enraizada con otras miradas, incluso biológicas, en tanto todas las formas de la vida civil, las instituciones, las propias sociedades, los Estados van creciendo, van madurando. Así como crecen las plantas y cumplen con sus ciclos, llega el momento en que las sociedades también rompen con las ataduras a través de las cuales fueron engendradas. En este caso particular, la burguesía crecía y llegaría el momento de su propia emancipación: fue 1810, pero si ello hubiese fracasado, ya lo sería en 1820, en 1830 ó en cualquier otro momento. En todo caso, en las miradas actuales caben preguntas básicas: ¿Había burguesía en las colonias americanas a fines del siglo XVIII y a comienzos del siglo XIX? Es un problema específico de carácter conceptual y que parte, en primer lugar, por aclarar qué entendemos por burguesía.

Lo respondió Sergio Villalobos, en una obra de juventud y que sigue siendo una obra fundamental dentro de la historiografía nacional⁵. Para Villalobos el problema no era el de la burguesía, existente o inexistente; no era problema de falta de niveles o de ambientes propicios para desarrollar el comercio. Muy por el contrario, las reformas borbónicas, especialmente las reformas hacia el libre comercio habían permitido de variadas maneras sacudir limitaciones y restricciones de la vida económica colonial, de tal manera que mucho más que falta de mercaderías para ofertar, había una sobreabundancia de mercaderías producto del contrabando que se producía a través del Río de la Plata. Por lo demás, los trabajos del español Lutgardo García Fuentes han dado argumentos bastante sólidos y documentados acerca de que, más que un monopolio español en las relaciones económicas metrópolis-colonia, lo que vino desarrollándose desde el siglo XVII fue más bien una economía basada en un oligopolio de la oferta y la demanda, dirigido principalmente desde los propios grandes centros políticos, administrativos y comerciales de las propias colonias. De hecho, el mismo García ha llegado al convencimiento de que “si el deseo de reservar a España sola el aprovechamiento y explotación de las Indias resultó una quimera, también lo fue el pretendido monopolio sevillano⁶”.

Desde otras perspectivas analíticas, Simon Collier fue un poco más allá y creo que, de hecho, sobre independencia y sobre lecturas de independencia el libro de Collier debe ser el más sobresaliente, porque no es solo la revisión de antecedentes jurídicos ni tampoco únicamente la revisión documental y detallada de aspectos relacionados con realidades sociales o económicas, sino fundamentalmente el ir construyendo un relato histórico desde perspectivas analíticas novedosas y originales para la época⁷. Obviamente, la historia y el conocimiento histórico son construcciones, en diferentes tiempos, sobre unas mismas realidades que en las

muy reciente. Entre otros, Ronald Fraser, *La maldita guerra de España. Historia social de la guerra de la Independencia, 1808-1814*, Barcelona, Crítica, 2006. Para Iberoamérica, Alfredo Ávila y Pedro Pérez Herrerero (compiladores), *Las experiencias de 1808 en Iberoamérica*, España – México, Ediciones de la Universidad de Alcalá y de la UNAM, 2008.

⁴ Hernán Ramírez Necochea, *Antecedentes económicos de la Independencia de Chile*, Santiago de Chile, 1959.

⁵ Sergio Villalobos, *El comercio y la crisis colonial*, Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 1968.

⁶ Lutgardo García Fuentes, *Los peruleros y el comercio de Sevilla con las Indias, 1580-1630*, Sevilla, Ediciones Universidad de Sevilla, 1997, 27.

⁷ Simon Collier, *Ideas y política de la Independencia chilena, 1808-1833*, Santiago de Chile, Editorial Andrés Bello, 1977.

primeras décadas del siglo XIX reflejaron una conjunción de ideas, de circunstancias, de coyunturas, de problemas de larga duración que estaban en lo subyacente y que emergieron a partir de contextos y situaciones externas en donde igualmente era muy importante el considerar proyectos individuales, personales, las formas cómo los individuos se fueron ubicando o reubicando en sus posiciones, en sus redes y roles sociales, etc., en la medida que las cosas y los procesos se fueron sucediendo y precipitando. La lectura de Simon Collier permite adjetivar un concepto tan importante como el de la dialéctica sin apellidos y que da significado a la importancia de las ideas y de los discursos aún cuando ellos mismos vayan orientando las experiencias históricas sobre caminos que no necesariamente eran los pensados o imaginados por el grueso de los participantes activos y pasivos del movimiento emancipador. Es el conjunto de las situaciones que se van produciendo, en que las personas actúan, las personas deciden, con mayor o menor fuerza, sin saber necesariamente lo que va a ocurrir posteriormente, asumiendo riesgos en un escenario que no saben cuánto perdurará.

Después vino el libro de Jocelyn-Holt que sigue más los lineamientos de un gran ensayo, pero que, evidentemente, ha contribuido de todas maneras al debate y a la reflexión sobre el particular⁸. Hace cinco años, en el 2005, Gabriel Salazar editó su libro sobre la Construcción del Estado y volvió a todos estos temas poniendo también sus propias miradas y sus propias perspectivas⁹. Algunas de ellas, contienen ideas muy suficientes en sí mismas, con mucha lógica, aun cuando no necesariamente debemos estar de acuerdo con todas las cosas que dice, y que, más aún, no implican tener que validar sus hipótesis. Para Salazar, la validación de las mismas, recogiendo lo que viene desde la tradición acumulada desde Ramírez Necochea, se basa en el análisis de los intereses de los sectores mercantilistas sobre otros intereses de clase. Más específicamente, de los intereses mercantilistas que se imponen sobre otros más tradicionales, incluso a partir de derrotar ciertos ánimos democratizadores de los cabildos locales lo cual implica, igualmente, un problema de concepto, pero también, además, un problema de realidad histórica y un problema de fijación de dicho concepto en términos de lo que efectivamente sucedía y no de lo que quisiéramos o suponemos que pasaba. Me es difícil concebir, por ejemplo, que los cabildos coloniales hayan sido instituciones democratizadoras si pensamos en un concepto genérico y amplio de pueblo. Si lo pensamos, y por eso insisto en tratarlo como un problema de precisión conceptual, en términos de los grupos de elite, de los grupos dirigentes, evidentemente allí hubo una raíz democratizadora, pero también necesitamos siempre poder clarificar, precisar lo que estamos pensando por democracia, y lo que estamos pensando por las instituciones sobre las cuales estamos escribiendo.

Sin embargo, hay cuestiones muy importantes y que corresponden a una de las bases de los problemas políticos nacionales. Ocurrió algo muy importante en la noche del 10 de septiembre de 1810. En la casa de uno de los hijos de don Mateo de Toro y Zambrano se reunió un grupo bastante amplio de personas que iban a participar al día siguiente del cabildo abierto y decidieron algo que, posiblemente, en todos los que estaban allí, haya pasado desapercibido respecto a la cuestión esencial de esa decisión: decidieron que al día siguiente iban a votar por la constitución de la Junta, pero que cuando nombraran a sus componentes ningún miembro del cabildo iba a estar en algún puesto, con alguna posición dentro de la Junta de Gobierno. Separación absoluta del poder local respecto a lo que algunos estaban pensando lo que debía ser la Junta de Gobierno: poder nacional, diferente al poder local y, en ese hecho, en ese momento, en esa decisión, hubo mucho involucrado.

⁸ Alfredo Jocelyn-Holt, *La Independencia de Chile. Tradición, modernización y mito*, Madrid, MAPFRE, 1992.

⁹ Gabriel Salazar, *Construcción de Estado en Chile, 1800-1837. Democracia de los pueblos. Militarismo ciudadano. Golpismo oligárquico*, Santiago de Chile, Editorial Sudamericana, 1995.

Algunas de las cosas involucradas igualmente echan abajo cualquier otra forma de interpretar el problema desde un punto de vista unilateral: no era solamente el problema de la aristocracia mercantil respecto a las otras aristocracias, no era solamente el problema de algunas familias en contra de otras, era también el problema de qué era lo que se quería construir más allá de lo puramente económico, más allá de lo puramente social o de lo puramente político. Se quería construir efectivamente una unidad nacional y esa entidad nacional para ser tal, ¿Cómo podía superar en la práctica el poder local? Cuando hablamos de dicho poder hablamos de lo que ha sido Chile no solo en la época colonial, sino también en lo que ha sido en el siglo XIX o de lo que es en el 2010: el poder local santiaguino, de alguna manera sintetiza y ha sintetizado el poder nacional. Allí había, muy claramente, una situación de fondo. Uno podría hoy día, a partir de la microhistoria, tomar esa reunión, esa decisión, y proyectarla a nivel nacional. Si supiéramos sobre cada uno de los que estuvieron, sus apellidos, si eran hermanos, si eran primos, si estaban relacionados, si lo hacían a través de la curia, de las relaciones mercantiles, si estaban en la burocracia, etc., etc., podríamos aclarar intenciones. Me parece, igualmente, que entre ellos no había grandes conflictos de intereses intra-élite, porque creo además que no habían diversas elites: había una elite, una elite que era de hacendados, de comerciantes, que ocupaba los altos cargos dignatarios de la Iglesia, del gobierno, en suma: una sola elite, un solo grupo dirigente y ese grupo además es el que decidía el curso de los acontecimientos y el que llevó adelante el proceso: con diferentes posiciones individuales, en algunos casos de bastante gravedad cuando se impone la revolución frente a las lealtades monárquicas, lo que no equivale a una lucha de clase.

¿Qué es lo que nos entregó esa elite? ¿Qué es lo que hizo de grande? ¿Hizo algo grande en términos económicos? En los años 1960 las grandes discusiones sobre la independencia chilena y latinoamericana era que los constructores de la patria lo que habían hecho era simplemente cambiar de escenarios y de pasar de un imperialismo a otro. Habíamos pasado de un imperialismo político español a un imperialismo económico con fuerte presencia inglesa a lo largo de todo el siglo XIX y, por lo tanto, estos constructores de la patria eran una especie de traidores a sus propios discursos y principios.

No creo que haya ocurrido algo fundamental desde el punto de vista económico. Lo que se fue decidiendo fue simplemente, y no digo que haya estado bien o mal para las realidades de la época, fue en términos de aprovechar las oportunidades que se tenían en ese momento. ¿Por dónde se abrían los nuevos mercados? ¿Lo abrían con Bolivia que todavía era un proyecto de país? ¿Lo abrían con Perú con quien existían competencias y rivalidades que se venían gestando durante todo el periodo colonial? ¿Por dónde decidían? Tenían que formar mercados y economía, y para ello se actuó en forma bastante pragmática de manera que el Decreto de Libre Comercio y su Reglamento de 1813 no necesariamente fueron estrictamente liberales, pero tampoco decididamente proteccionistas. En realidad, se era más bien mercantilista, se seguía observando la riqueza de la nación en construcción en el comercio y eso seguirá siendo idea central durante todo el siglo XIX. ¿Se superó esta situación posteriormente? Tampoco, y podemos dar inmediatamente un gran salto temporal para preguntarnos: ¿y qué somos hoy día? Si acaso no creemos en el libre comercio y si acaso no creemos en que todos nuestros proyectos están en el comercio. No hay grandes diferencias esenciales. Seguimos detenidos en las mismas estructuras básicas.

1810, 1820, y en las décadas siguientes: ¿esta elite provoca grandes desarrollos desde un punto de vista social? Sería innecesario tratar de probar que hubo realmente cambios que nos llevasen a observar transformaciones sociales profundas. No los hubo; ¿Por qué no quisieron hacerlos? ¿Por qué era imposible hacerlos? Acaso Diego Portales, posteriormente, ¿tenía razón en decir que este pueblo no estaba preparado para asumir una forma de democrática de

poder? ¿Es solamente eso? ¿O acaso es mucho más que eso? Realidades más profundas que no justifican y que no legitiman, pero que forman parte de la historia concreta.

En términos de las realidades sociales la situación es mucho más compleja y deben seguir siendo estudiadas en profundidad, ¿Podían las castas, los indígenas, tomar decisiones? ¿Podía el bajo pueblo tomar decisiones? ¿Solamente no podían hacerlo por imposición de las clases dirigentes? En gran parte sí, ello es efectivo y eso se reconoce, pero las realidades sociales son mucho más variadas de cómo pretendemos pensarlas. Creo que hoy día, un poco oscurecida, la gran obra de Thompson sobre el mundo de los trabajadores, sobre el mundo social propiamente tal, sobre las diferencias entre conciencia de clase y cultura de clase es fundamental para volver a recorrer esta historia del pasado y fundamental para entender efectivamente, no para legitimar, pero sí para entender que en los momentos en que ocurre esta situación de búsqueda de independencia los problemas de la cultura, los problemas de las realidades sociales, económicas, etc., eran diferentes a como las podemos entender hoy en día. El problema es qué sucede desde allí en adelante, qué es lo que sucede en los 200 años de historia que se extienden hasta nosotros. Hacia atrás, existe un periodo que explica bastante bien las cosas desde una visión global y que va, más o menos entre 1760 y 1860, en donde, en el conjunto de esos decenios se puede observar una gran transición que permite, finalmente, a las historias de Chile y de América Latina entrar en una nueva fase de desarrollo, de una nueva modernidad que debía implicar relaciones diferentes, pero que se siguen viendo frustradas hasta el presente. Esto ha implicado nuevas relaciones sociales, nuevas reformas de carácter institucional sobre el Estado, sobre las relaciones del Estado con la sociedad y, además, algo que también en los últimos decenios hemos palpado y hemos experimentado muy directamente, transformaciones importantes en términos de la vida material lo cual es muy importante, porque cambia también conciencias y subordina y hace que muchas sociedades se sientan más conformes de lo que se sentían.

En el largo período intermedio

Para este otro largo período de la historia nacional, que se extiende desde 1860 hasta el presente, no han faltado momentos propicios para transformaciones de diversas índoles. En 1971, el controvertido, pero respetado Guillermo Feliú Cruz, a modo epistolar, reafirmaba sus visiones respecto a la historia transcurrida y señalaba que era necesario no soslayar amargas situaciones que mostraban la historia y la sociología. En una larga sucesión de esas situaciones, Feliú Cruz señalaba que:

“Las virtudes de la alta clase y de la media, fuéronse perdiendo paulatinamente desde 1891 ¿Cuáles virtudes? El coraje cívico, el espíritu público, la honradez, la audacia empresarial, el vigor en la acción, la exaltación del patriotismo, el deber, el ahorro. Sólo quedó en pie la voracidad, la búsqueda del dinero obtenido fácilmente. La raíz del mal es muy profunda y hay que buscarla en la inconvertibilidad del billete mediante la ley de enero de 1876. Desaparece el oro, se depreció la moneda, se vio que era mejor enriquecerse en la aventura económica, en el agrotismo, en la especulación. Esta ley malsana, criminal, no hizo sus efectos inmediatamente. Al año siguiente de 1878, el país sostenía una guerra en que el espíritu cívico vibró sin un decaimiento y fue de triunfo en triunfo. Movilizó cerca de 200.000 mil hombres, se batió con ejércitos superiores a los nuestros, los peruanos y los bolivianos, y debió el gobierno prohibir el enrolamiento para evitar que niños de 14 a 20 años fueran a la guerra y los campos y ciudades no perdieran sus trabajadores. Costeó la guerra con sus propios recursos, sin empréstitos externos sino unos cuantos internos. La guerra civil de 1891 volvió a levantar el coraje cívico de la alta clase y parte considerable de la media. Destruyó una ominosa dictadura en campos de batalla donde pelearon en conjunto 8.000 hombres, 4.000 por lado. Diez mil vidas costaron la tragedia y 100 millones de pesos la guerra. Con ese dinero, tres veces pudo hacerse la

conversión metálica. La Ley de 1878, los vicios del parlamentarismo, las especulaciones salitreras, el agrotismo bursátil, el juego de los bancos con los préstamos y emisión de acciones, la relajación de las costumbres, destruyeron la moral chilena. A fines del siglo XIX aparecen en Chile los grandes fraudes, las quiebras, el cohecho electoral, los gestores públicos... En 1898, todavía el país sufrió una frustración terrible. Una guerra con Argentina nos habría llevado al triunfo. Los cuadros de la guerra de 1879 estaban intactos y el patriotismo vibraba con fuerza incontenible. Pero, ¿Qué habría sido de Chile después de esa victoria ante el crecimiento argentino, el aumento después de su población y extraordinarias riquezas, frente a 30 años de desgobierno parlamentario? Aquí yo sólo anoto la frustración de una aspiración nacional, y agrego a este hecho las anteriores para explicar la crisis del carácter chileno. Tuvo una recuperación de exaltamiento político, puramente político, en 1920 con la campaña presidencial de Alessandri. La aristocracia, la clase alta, la dueña de Chile, los caballeros, con estupor miraban las posibilidades de éxito de un italiano, verboso, amante de mujeres, abogado de clientela siempre triunfante, parlamentario brillante, obstructor casi siempre, perteneciente al partido liberal y de la más poderosa atracción personal por su simpatía arrobadora. Decidió esa oligarquía atacarlo sin compasión, sin darle cuestión. En cambio, los siúuticos, la clase media profesional, culta, patriota, económicamente modesta, preparada, le acompañó, formando el centro de combate el Partido Radical, un piño de liberales, los demócratas ya desprestigiados y un sector de los sinvergüenzas de los balmacedistas. El régimen parlamentario lo corrompieron en gran parte demócratas y balmacedistas que por puestecillos de ínfima importancia, se pasaban de la Alianza Liberal a la Coalición conservadora. El rotaje acompañó a Alessandri, rotaje de obreros y artesanos. Los moldes electorales se rompieron y hasta los frailes fueron alessandristas. Las esperanzas en el gobierno del redentor social naufragaron ante la oposición. Las lacras señaladas anteriormente se exageraron. Y así, desde 1924 hasta hoy [1971], se fue creando una democracia económica, en que más que los intereses del país valían más los sueldos, los sobresueldos, las gratificaciones, los reajustes, los trienios, los quinquenios, las gratificaciones de zona, las jubilaciones, las pensiones, la dieta parlamentaria, los gastos de representación de los diputados y senadores, las jubilaciones de los hijos, nietos, bisnietos, esposas de éstos y otras granjerías más. La democracia chilena con juego de opinión dejó de ser para transformarse en una cuestión de dinero¹⁰.

Independientemente de las razones y argumentos de Feliú Cruz, en las últimas décadas Chile no sólo ha experimentado, nuevamente, algunos buenos períodos de crecimiento económico y, además, la vuelta a la democracia permitía pensar en desarrollos político-institucionales que recogieran las experiencias pasadas y pudieran desarrollar una ciudadanía moderna, participativa y madura. La discusión sigue y entre consideraciones optimistas y pesimistas por el futuro se anuncian nuevas visiones del pasado, lejano, y también reciente, que vuelven a insistir en las llamadas oportunidades perdidas. En estos contextos, vale la pena insistir en que, a propósito del Bicentenario, podría ser útil y necesario dejar de culpar al pasado y asumir, finalmente, un real proyecto de país que permita pensar efectivamente en la construcción de la nación tantas veces deseadas.

Volviendo a los orígenes

Entonces, ¿Qué es en definitiva lo que nos dejaron los constructores de la patria? ¿Qué es aquello que podríamos evaluar muy positivamente? Creo que el gran mérito y lo que habría que subrayar tiene que ver principalmente con un concepto y una realidad: instituyeron gobiernos republicanos. La Independencia de América significó la instauración de todo un gran proceso que va culminando precisamente hacia 1860, de republicanismo. Las repúblicas son repúblicas

¹⁰ *Guillermo Feliú Cruz a don Juan Uribe Echeverría, Embajada de Chile en Madrid, 10 diciembre de 1971. Biblioteca Nacional, Sala Medina, Feliú-Cruz.*

de ciudadanos. Las repúblicas son instituciones con poderes públicos separados. Las repúblicas tienen el germen en sí mismas de tener que ser sociedades democráticas. El concepto es lo que nos dejaron, lo instituyeron. Ello es muy importante, porque en ese mismo momento los acontecimientos políticos de Europa no llevaron a los europeos, en donde había surgido el liberalismo, en donde estaban las doctrinas filosóficas sobre el poder, a establecer repúblicas. Francia después de la Revolución Francesa terminó en monarquía e imperio. España siguió siendo monarquía, Alemania siguió siendo un conjunto de poderes locales que comenzaron su gran proceso de unificación sólo en la segunda mitad del siglo XIX.

Los patriotas americanos lograron establecer repúblicas a pesar de que muchos de sus líderes no querían repúblicas. Eso fue el gran mérito de los procesos de Independencia; ese fue el gran aporte y eso fue lo que dejaron. Problema diferente es el cómo tratamos el concepto de República posteriormente. Problema diferente es el porqué, a lo largo de dos siglos, la república no se convierte en ciudadanía efectiva; problema diferente es el porqué la ciudadanía efectiva no se transforma en una sociedad realmente democrática, problema diferente es, por lo tanto, visualizar qué es lo que pasa en este periodo intermedio más allá de repetidos discursos respecto al valor de la república y de sus instituciones. El asunto principal consiste en revisar el porqué y en qué momentos y bajo qué circunstancias, bajo qué culpabilidades, bajo qué situaciones, se nos ha escapado el o los momentos en que efectivamente podríamos haber hecho realidad un discurso republicano y haberlo transformado en una realidad histórica.

Eso significa pensar globalmente en todas las diferentes materias que configuran una vida republicana. Significa pensar por qué en 200 años hemos seguido manteniendo una misma estructura económica, y por qué, en 200 años, se ha mantenido, básicamente, una misma estructura social, significa pensar qué es lo que ha decidido que, a pesar de haber llegado a momentos expectantes, se han desperdiciado las oportunidades pese a los sacrificios sociales que ellas han significado.

Significa pensar, no en términos de comprobar hipótesis particulares, sino en observar realidades concretas, qué es lo que ha sucedido no solo desde el punto de vista de los grupos dirigentes, de los factores externos, de los poderes fácticos internos, sino también de las experiencias de los trabajadores, de sus movimientos, de los partidos políticos, respecto a los logros y a las deudas históricas de estos 200 años de vida republicana. Por el gobierno, han pasado prácticamente todas las posibilidades y todas las opciones políticas. Podríamos decir que algunas no han pasado con las mismas garantías, no han estado los mismos tiempos, no importa: han pasado y por lo tanto el problema es qué ha pasado con todos ellos. Qué ha pasado con las organizaciones sindicales, qué ha pasado con todo el aporte de los inmensos sacrificios de las luchas sindicales, qué ha pasado con las luchas de los obreros. Se nos olvida que hay una palabra poco grata, pero muy real: cooptación y que cuando hay cooptación no solamente hay responsabilidades de quienes dirigen sino también de quienes son dirigidos.

Se nos han pasado muchas oportunidades ¿Podemos seguir interpelando a los constructores de la patria? Creo que cada vez es más necesario que vayamos asumiendo nuestras propias responsabilidades y descargando culpabilidades a los hombres y circunstancias de los tiempos originales. Es ya ocasión de asumir las responsabilidades de nuestro propio tiempo.

Hubo un largo tiempo en que la educación fue base de toda la vida nacional: de sus realidades y de sus proyectos. Significaba instrucción, capacitación profesional y también formación ciudadana. Significaba movilidad social, pero, más aún, significaba construir democracia; se buscaba eficiencia, pero no se desconocía su papel fundamentalmente racionalista y humanista. Una educación crítica era a la vez educación para la libertad y ella, desgraciadamente para muchos, se volvió peligrosa. Volvemos a requerir de reforma educacional, pero no para

controlar administrativamente el sistema escolar o el sistema universitario y tampoco para reducirla a un sistema de competencias productivas. Se necesita reforma educacional para, a lo menos, volver a darle y otorgarle a la educación el papel de promoción de cambio social: solamente cuando los estudiantes aprendan desde pequeños a ser más racionales y a ser más críticos, permitiéndose visualizar qué es el mundo que tienen a su alrededor, entonces podremos volver a pensar en la necesidad de construir verdaderos proyectos nacionales de futuro.

Me parece que el Bicentenario no es solamente una fecha para recordar, no es solamente una fecha para recoger o imponer nuestras rabias, nuestras frustraciones sobre el pasado, sino que fundamentalmente un momento en que efectivamente podríamos pensar, como lo podríamos hacer ahora, respecto a nuestras propias responsabilidades en la historia. No hay que esperar que vengan 50 años más y estemos no nosotros, pero sí otras generaciones, volviendo a hacerse las mismas preguntas y planteándose las mismas reflexiones. La respuesta está en saber qué es lo que estamos haciendo nosotros, ahora mismo, por hacer efectivo un gobierno republicano, una sociedad democrática y fundamentalmente una sociedad moderna; cómo hacernos conscientes de las posibilidades que tenemos hoy en día, en términos del manejo de la tecnología, por ejemplo, también de una mejor utilización de nuestra naturaleza y recursos, pero fundamentalmente del buen manejo de nuestras propias vidas, individual y socialmente.

Bibliografía

- Ávila, Alfredo y Pedro Pérez Herrero (compiladores). *Las experiencias de 1808 en Iberoamérica*. España – México: Ediciones de la Universidad de Alcalá y de la UNAM, 2008.
- Collier, Simon. *Ideas y política de la Independencia chilena, 1808-1833*. Santiago de Chile: Editorial Andrés Bello, 1977.
- Eyzaguirre, Jaime. *Ideario y ruta de la emancipación chilena*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria, 1957.
- Feliú Cruz, Guillermo. *Guillermo Feliú Cruz a don Juan Uribe Echeverría, Embajada de Chile en Madrid, 10 diciembre de 1971*. Biblioteca Nacional, Sala Medina, Feliú-Cruz.
- Fraser, Ronald. *La maldita guerra de España. Historia social de la guerra de la Independencia, 1808-1814*. Barcelona: Crítica, 2006.
- García Fuentes, Lutgardo. *Los peruleros y el comercio de Sevilla con las Indias, 1580-1630*. Sevilla: Ediciones Universidad de Sevilla, 1997.
- Jocelyn-Holt, Alfredo. *La Independencia de Chile. Tradición, modernización y mito*. Madrid: MAPFRE, 1992.
- Ramírez Necochea, Hernán. *Antecedentes económicos de la Independencia de Chile*. Santiago de Chile, 1959.
- Salazar, Gabriel. *Construcción de Estado en Chile, 1800-1837. Democracia de los pueblos. Militarismo ciudadano. Golpismo oligárquico*. Santiago de Chile: Editorial Sudamericana, 1995.
- Villalobos, Sergio. *El comercio y la crisis colonial*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria, 1968.